

**EL RATÓN PÉREZ**  
Y LA HISTORIA DE PELUSA



L u i s C o l o m a



MUNICIPALIDAD DE  
**LIMA**

LUIS COLOMA

EL RATÓN PÉREZ  
Y LA HISTORIA DE PELUSA



MUNICIPALIDAD DE

LIMA

## Luis Coloma

Nació el 9 de enero de 1851 en Jerez de la Frontera, España.

En su juventud estudió Derecho y ejerció como abogado, pero luego mostró interés por la literatura y el periodismo, de tal manera que colaboró en los diarios *El Tiempo*, *Periódico político de la tarde* de Madrid y *El Porvenir* de Jerez. En el año 1874 marchó a Francia para estudiar en un seminario que dirigía el madrileño Juan Nepomuceno, padre provincial de Castilla. Entre los años 1879 y 1880 estudió Filosofía escolástica y, posteriormente, fue profesor en distintos centros docentes de los jesuitas.

En su haber literario destacan *Solaces de un estudiante* (1871), escrito antes de sus veinte años, así como, *Lecturas recreativas* (1884-1902), colección de cuentos infantiles y maravillosos con temáticas variadas. De igual manera, la novela *Pequeñeces* (1890-1891) le dio celebridad, pues se trata de una obra que censura la aristocracia durante la Restauración alfonsina. Se hizo conocido también por sus cuentos infantiles, entre ellos el «Ratón Pérez», historia de un personaje que ya existía en la tradición oral española. En la última década del siglo XIX publicó *Retratos de antaño* (1895) y *Reina Mártir, apuntes históricos del siglo XVI* (1898).

Falleció el 10 de junio de 1915 en Madrid, dejando un legado literario de gran valor para la historia del cuento español. Además, en el siglo XX, se han realizado adaptaciones cinematográficas a partir de sus novelas.

*El Ratón Pérez y la historia de Pelusa*  
Luis Coloma

Juan Pablo de la Guerra de Urioste  
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zeceovich Arriaga  
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente  
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos  
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos  
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero  
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante  
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría  
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

[www.munlima.gob.pe](http://www.munlima.gob.pe)

Lima, 2020

## Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells  
Alcalde de Lima

# *EL RATÓN PÉREZ*

*Sembrad en los niños la idea, aunque no la entiendan:  
los años se encargarán de descifrarla en su entendimiento  
y hacerla florecer en su corazón.*



Entre la muerte del rey que rabió y el advenimiento al trono de la reina Maricastaña existe un largo y oscuro período en las crónicas, del que quedan pocas memorias. Consta, sin embargo, que floreció en aquella época un rey Buby I, grande amigo de los niños pobres y protector decidido de los ratones.

Fundó una fábrica de muñecos y caballos de cartón para los primeros, y se sabe de cierto, que de esta fábrica procedían los tres caballitos cuatralbos, que regaló el rey D. Bermudo el Diácono a los niños de Hissén I, después de la batalla de Bureva.

Consta también que el rey Buby prohibió severamente el uso de ratoneras y dictó muy discretas leyes para encerrar en los límites de la defensa propia los instintos cazadores de los gatos: lo cual resulta probado, por los graves disturbios que hubo entre la reina doña Goto o Gotona, viuda de D. Sancho Ordóñez, rey de Galicia, y la merindad de Ribas de Sil, a causa de haberse querido aplicar en esta las leyes del rey Buby al gato del Monasterio de Pombeiro, donde aquella reina vivía retirada.

El caso fue grave y sus memorias muy duraderas, por más que unos autores digan que el gato en cuestión se

llamaba Russaf Mateo, y otros le llamen simplemente Minini. De todos modos, el hecho resulta probado, aunque nada diga sobre ello Vaseo, ni tampoco lo mencione el Cronicón Iriense, y el bueno de D. Lucas de Tuy haga como que se olvida del caso, quizá, quizá, por razones de conveniencia.

Consta también que el rey Buby comenzó a reinar a los seis años bajo la tutela de su madre, señora muy prudente y cristiana, que guiaba sus pasos y velaba a su lado, como hace con todos los niños buenos el ángel de su guarda.

Era entonces el rey Buby un verdadero encanto, y cuando en los días de gala le ponían su corona de oro y su real manto bordado, no era el oro de su corona más brillante que el de sus cabellos, ni más suaves los armiños de su manto que la piel de sus mejillas y sus manos. Parecía un muñequito de Sévres que, en vez de colocarlo sobre la chimenea, lo hubieran puesto sentadito en el trono.

Pues sucedió, que comiendo un día el rey unas sopitas, se le comenzó a menear un diente. Se alarmó la corte entera, y llegaron, uno en pos de otro, los médicos de

Cámara. El caso era grave, pues todo indicaba que había llegado para su majestad la hora de mudar los dientes.

Se reunió en consulta toda la facultad; se telegrafió a Charcot, por si venía complicación nerviosa, y se decretó al cabo sacar a su majestad el diente. Los médicos quisieron cloroformizarle, y el presidente del Consejo sostuvo porfiadamente esta opinión, por ser él tan impresionable que nunca dejaba de hacerlo cada vez que se cortaba el pelo.

Pero el rey Buby era animoso y valiente, y se empeñó en arrostrar el peligro cara a cara. Quiso, sin embargo, confesarse antes, porque faena hecha no ocupa lugar y, después de todo, lo mismo puede escaparse el alma por la herida de una lanza, que por la mella de un diente.

Le ataron, pues, al suyo una hebra de seda encarnada, y el médico más anciano comenzó a tirar con tanto pulso y acierto, que a la mitad del empuje hizo el rey un pucherito, y saltó el diente tan blanco, tan limpio y tan precioso como una perlita sin engaste.

Luego, el gentilhombre de guardia lo recogió en un azafate de oro y fue a presentarlo a su majestad, la reina.

Convocó esta al punto el Consejo de Ministros, y se dividieron las opiniones.

Querían unos engarzar en oro el diente y guardarlo en el tesoro de la Corona; proponían otros colocarlo en el centro de una rica joya, y regalarlo a la imagen de la virgen, patrona del reino. Pareceres ambos en que descubrían aquellos ministros cortesanos, más bien el deseo de halagar a la madre, que el de servir a la reina.

Mas esta señora, que como mujer lista no se fiaba de aduladores y era muy prudente y amiga de la tradición, resolvió que el rey Buby escribiese a Ratón Pérez una atenta carta, y pusiese aquella misma noche el diente debajo de su almohada, como ha sido y es uso común y constante de todos los niños, desde que el mundo es mundo, sin que haya memoria de que nunca dejase Ratón Pérez de venir a recoger el diente y a dejar en cambio un espléndido regalo.

Así lo hizo ya el justo Abel en su tiempo, y hasta el grandísimo pícaro de Caín puso su primer diente, amarillo y apestoso como uno de ajo, escondido entre la piel de perro negro que le servía de cabecera. De Adán y Eva no se sabe nada, lo cual a nadie extraña, porque,

como nacieron grandecitos, claro está que no mudaron los dientes.

Apuradillo se vio el rey Buby para escribir la carta; pero lo consiguió al cabo, y no sin grande suerte, pues tan solo llegó a mancharse de tinta los cinco dedos de cada mano, la punta de la nariz, la oreja izquierda, un poco del borceguí derecho y todo el babero de encajes desde arriba hasta abajo.

Se acostó aquella noche más temprano que de costumbre y mandó que dejasen encendidos en la alcoba todos los candelabros y arañas. Puso con mucho primor debajo de la almohada la carta con el diente dentro, y se sentó encima dispuesto a esperar al Ratón Pérez, aunque fuese necesario velar hasta el alba.

Ratón Pérez tardaba, y el reyecito se entretuvo en pensar el discurso que había de pronunciarle. A poco abrió Buby mucho los ojitos, luchando contra el sueño que se los cerraba: se los cerró al fin del todo, y el cuerpecillo resbaló buscando el calor de las mantas, y la cabecita quedó sobre la almohada, escondida tras un brazo, como esconden los pajaritos la suya debajo del ala.

De pronto, sintió una cosa suave que le rozaba la frente. Se incorporó de un brinco, sobresaltado, y vio delante de sí, de pie sobre la almohada, un ratón muy pequeño, con sombrero de paja, lentes de oro, zapatos de lienzo crudo y una cartera roja, terciada a la espalda.

Le miró el rey Buby muy espantado, y Ratón Pérez, al verle despierto, se quitó el sombrero hasta los pies, se inclinó la cabeza según el ceremonial de corte y en esta actitud reverente esperó a que su majestad hablase.

Pero su majestad no dijo nada, porque el discurso se le olvidó de pronto, y después de pensarlo mucho, tan solo acertó a decir algún tanto azorado:

—Buenas noches.

A lo cual respondió Ratón Pérez profundamente conmovido:

—Dios se las dé a vuestra merced muy buenas.

Y, con estas corteses razones, quedaron Buby y Ratón Pérez los mejores amigos del mundo. Se conocía a la legua

que era este un ratón muy de mundo, acostumbrado a pisar alfombras y al trato social de personas distinguidas.

Su conversación era variada e instructiva y su erudición pasmosa. Había viajado por todas las cañerías y sótanos de la corte, y anidado en todos los archivos y bibliotecas: solo en la Real Academia Española se comió en menos de una semana tres manuscritos inéditos que había depositado allí cierto autor ilustre.

Habló también de su familia, que no era muy numerosa: dos hijas, ya casaderas, Adelaida y Elvira, y un hijo adolescente, Adolfo, que seguía la carrera diplomática, en el cajón mismo en que el ministro de Estado guardaba sus notas secretas. De su mujer habló poco y como de paso, por lo cual sospechó el reyecito que habría allí disensiones matrimoniales.

Le oía todo esto el rey Buby embobado, extendiendo de cuándo en cuándo maquinalmente la manita, para cogerle por el rabo. Mas el Ratón Pérez, con una oscilación rápida y ceremoniosa, ponía el rabo de la otra parte, burlando así el intento del niño, sin faltar en nada al respeto debido al monarca.

Era ya tarde, y como el rey Buby no pensaba en despedirle, Ratón Pérez insinuó hábilmente, sin faltar a la etiqueta, que le era forzoso acudir aquella misma noche a la calle de Jacometrezo, número 64, para recoger el diente de otro niño muy pobre, que se llamaba Gilito. Era el camino áspero y hasta cierto punto peligroso, porque había en la vecindad un gato muy mal intencionado, que llamaban don Gaiferos.

Se le antojó al rey Buby acompañarle en aquella expedición, y así se lo pidió a Ratón Pérez con el mayor ahínco. Se quedó este pensativo, atusándose el bigote: la responsabilidad era muy grande y le era forzoso además detenerse en su propia casa para recoger el regalo que había de llevar a Gilito en cambio de su diente.

A esto respondió el rey Buby que él se tendría por muy honrado con descansar un momento en casa tan respetable.

La vanidad venció a Ratón Pérez, y se apresuró a ofrecer al rey Buby una taza de té, a trueque de conquistar el derecho de poner cadenas en la puerta de su casa, como se hacía en aquellos tiempos en todas las que conseguían el honor de hospedar a un monarca.



Vivía Ratón Pérez en la calle del Arenal, número 8, en los sótanos de Carlos Prats, frente por frente de una gran pila de quesos de Gruyère, que ofrecían a la familia de Pérez próxima y abastada despensa.

Fuera de sí de contento, se tiró el rey Buby de la cama y comenzó a ponerse su blusita. Mas Ratón Pérez saltó de repente sobre su hombro, y le metió por la nariz la punta del rabo: estornudó estrepitosamente el reyecito, y por un prodigio maravilloso, que nadie hasta el día de hoy ha podido explicarse, quedó convertido, por el mismo esfuerzo del estornudo, en el ratón más lindo y primoroso que imaginaciones de hadas pudieran soñar.

Era todo él brillante como el oro y suave como la seda, y tenía los ojitos verdes y relucientes como dos esmeraldas *cabochon*.

Le tomó de la mano Ratón Pérez, sin usar ya tantas ceremonias, y entró con él, disparado como una bala, por un agujero que debajo de la cama y oculto por la alfombra había. Era su carrera desatinada, obscuro el camino, húmedo y hasta pegajoso, y se cruzaban a cada paso con bandadas de diminutas alimañas, que a tientas les pinchaban y mordían. A veces se detenía Ratón Pérez en

alguna encrucijada, y exploraba el terreno antes de seguir adelante: todo lo cual puso al rey Buby un poco nervioso y de mal humor, porque llegó a sentir desde el hociquito hasta la punta del rabo ciertos ligeros escalofríos que le parecieron señales de miedo. Se acordó, sin embargo, de que:

*El miedo es natural en el prudente,  
y el saberlo vencer es ser valiente.*

Y se venció y fue valiente por razón, que es en lo que el verdadero valor consiste.

Tan solo una vez, al sentir un estrépito espantoso sobre su cabeza, que no parecía sino que pasaban por encima diez docenas de Ripers-Oliva<sup>1</sup>, preguntó muy bajito a Ratón Pérez si era allí donde vivía D. Gaiferos. Le contestó Ratón Pérez haciendo con el rabo un ademán negativo, y siguieron adelante.

A poco entraron en una suave explanada, que venía a desembocar en un sótano ancho y muy bien embaldosado, donde se respiraba una atmósfera tibia, perfumada de queso.

---

<sup>1</sup> Especie de ómnibus que circulaba por las calles de Madrid antes de los tranvías.

Doblaron una enorme pila de estos, y se encontraron frente a frente de una gran caja de galletas de Huntley.

Allí era donde vivía la familia de Ratón Pérez, bajo el pabellón de Carlos Prats, tan a sus anchas y con tanta holgura, como pudo vivir la rata legendaria de la fábula en el queso de Holanda.

Ratón Pérez presentó al rey Buby a su familia como un *touriste* extranjero que visitaba la corte, y las ratonas le acogieron con esa elegante *aisance* de las damas acostumbradas a mucho trato. Las señoritas hacían labor con su aya, miss Old-Cheese, ratona inglesa muy ilustrada, y la señora de Pérez bordaba para su marido un precioso gorro griego al calor de una chimenea en que ardía alegre fuego de rabitos de pasas.

Agradó mucho al rey Buby aquel plácido interior de familia burguesa, que revelaba en todos sus detalles esa *aurea mediocritas* (dorada medianía) de que habla el poeta como del estado más apto para hallar paz y felicidad en esta vida.

Sirvieron el té Adelaida y Elvira en primorosas tazas de cáscaras de alubias, y luego se hizo un poco de música.

Adelaida cantó al arpa el aria de Desdémona, *assisa al pie d'un salice*, con un gusto y afinación que encantaron al rey Buby.

No era Adelaida bonita, pero tenía modales muy distinguidos, y hacía oscilar su rabo con cierta melancólica coquetería, que revelaba, sin duda, alguna pena secreta.

Elvira, por el contrario, era vivaracha y hasta un poco ordinaria, pero la energía de su alma le rebosaba por los ojos, y el rey Buby creyó ver delante de sí una espartana repitiendo el himno de las Termópilas, cuando cantó al piano con trágica entonación y enérgicos rencores de raza:

*En el hospital del rey  
hay un ratón con tercianas,  
y una gatita morisca  
le está encomendando el alma.*

Entró en esto Adolfo, que venía del Jockey Club, donde con harto sentimiento de sus padres perdía tiempo y dinero jugando al póker con los ratones agregados a la Embajada alemana.

El roce continuo con estos diplomáticos le había engréido y extranjerizado, y no tenía otros tópicos de conversación que el polo y el *lawn tennis*.

Con gusto hubiera prolongado el rey Buby la velada, pero Ratón Pérez, que se había ausentado un momento, volvió con su cartera terciada a la espalda, y al parecer bien repleta, y le manifestó respetuosamente que ya era hora de partir.

Hizo, pues, el rey Buby, con mucha gracia, sus corteses ofrecimientos de despedida, y la Ratona Pérez, en un arranque de cordialidad un poco burguesa, le plantó en cada mejilla un sonoro beso. Adelaida le tendió una pata con cierto aire sentimental, que parecía decir: ¡Hasta el cielo!

Elvira le dio un apretón de manos a la inglesa, y miss Old-Cheese le hizo una ceremoniosa cortesía a lo reina Ana Estuardo, y le enfiló su *lorgnon* de concha hasta que le perdió de vista.

Adolfo estuvo también muy expresivo: les acompañó hasta la entrada de la cañería, y allí reiteró a Buby su ofrecimiento de presentarlo en el Polo Club, y le

recomendó por tercera vez el uso de las raquetas J. Tate del número 12, o a lo más del 12 ½. Las del 13 resultaban ya, para manos ratoniles, algo pesadas.

Se lo agradeció mucho el reyecito y se despidió pensando que Adolfo podría ser en verdad muy elegante, pero que sin duda tenía los sesos de picatoste.

Comenzaron de nuevo su desatinada carrera Buby y Ratón Pérez, con un lujo de precauciones que sobresaltaron al reyecito.

Caminaba delante un grueso pelotón de fornidos ratones, gente toda de guerra, cuyas aceradas bayonetas de finas agujas relumbraban a veces en la obscuridad. Detrás venía otro pelotón no menos numeroso, armados también hasta los dientes.

Confesó entonces Ratón Pérez que no se había determinado a emprender aquella expedición, sin garantizar suficientemente con aquella aguerrida escolta de cazadores ligeros la persona del joven monarca que con tanta nobleza se le confiaba.

De repente vio el rey Buby que desaparecía la vanguardia entera por un estrecho agujero, que dejaba escapar reflejos de tenue luz.

Había llegado el momento del peligro, y Ratón Pérez, despacito, haciendo vibrar suavemente la punta del rabo, asomó poquito a poco el hocico por aquel temeroso boquete: observó un segundo, retrocedió dos pasos, tornó a avanzar lentamente, y de improviso, agarrando al rey Buby por la mano, se lanzó con la rapidez de una flecha por el agujero, atravesó como una exhalación una extensa cocina, y desapareció por otro agujero que frente por frente había, detrás del fogón.

Con la rapidez con que se ven en el día de hoy desfilan los palos del telégrafo por las ventanillas de un tren, así vio pasar el rey Buby ante sus ojos, en su veloz carrera, el pavoroso cuadro de aquella cocina. Al calorcito de la lumbre, oculto bajo el rescoldo, dormía el temido D. Gaiferos, gatazo enorme, cartujano, cuyos erizados bigotes subían y bajaban al compás de su pausada respiración.

La guardia ratonil, inmóvil, silenciosa, preparada, mordiendo ya casi el cartucho, protegía el paso del rey

Buby, formando desde el dormido D. Gaiferos hasta los dos agujeros de entrada y de salida el formidable triángulo romano de la batalla de Ecnoma...

Era aquello imponente y aterrador...

Una vieja feísima dormía en una silla, con la calceta a medio hacer caída sobre las faldas.

Cesó el peligro una vez franqueado el agujero de salida, y faltaba ya tan solo subir a la última buhardilla de aquella misma casa, que era donde Gilito vivía. Todo era entrada en aquella miserable habitación abierta a todos los vientos, y los ratones la invadieron por rendijas, grietas y agujeros, como se invade una ciudad ya desmantelada.

Se encaramó el rey Buby en el palo de una silla sin asiento, única que había, y desde allí pudo abarcar todo aquel cuadro de horrible miseria, que nunca hubiera podido ni aun siquiera imaginar.

Era aquello un cuchitril infecto, en que el techo y el suelo se unían por un lado, y no se separaban lo bastante por el otro para dejar cabida a la estatura de un hombre. Entraba por las innumerables rendijas el viento helado



del alba, que ya clareaba, y se veían por debajo de la tejavana del techo grandes cuajarones de hielo.

No había allí más muebles que la silla que servía de observatorio al rey Buby, un cesto de pan vacío, colgado del techo a la altura de la mano, y en el rincón menos expuesto a la intemperie, una cama de pajas y de trapos, en que dormían abrazados Gilito y su madre. Se acercó Ratón Pérez, llevando al rey Buby de la mano, y al ver este de cerca al pobre Gilito, asomando las yertas manecitas por los trapos miserables que le cubrían, y pegada la preciosa carita al seno de su madre, para buscar allí un poco de calor, se le angustió el corazón de pena y de asombro, y rompió a llorar amargamente.

¡Pero si él nunca había visto eso! ¿Cómo era posible que no hubiese él sabido hasta entonces que había niños pobres que tenían hambre y frío y se morían de miseria y de tristeza en un horrible camaranchón? ¡Ni mantas quería él ya tener en su cama, mientras hubiese en su reino un solo niño que no tuviera por lo menos tres calzones de bayeta y un vestidito de bombasí!

Conmovido también Ratón Pérez se enjugó a hurtadillas una lágrima con la pata y procuró calmar el

dolor del rey Buby, enseñándole la brillante monedita de oro que iba a poner bajo la almohada de Gilito, en cambio de su primer diente.

Despertó en esto la madre de Gilito y se incorporó en el lecho, contemplando al niño dormido. Amanecía ya y le era forzoso levantarse para ganar un mísero jornal, lavando en el río. Cogió a Gilito en sus brazos y le puso de rodillas, medio dormido, delante de una estampita del Niño Jesús de Praga que había pegada en la pared, sobre la misma cama.

El rey Buby y Ratón Pérez se pusieron de rodillas con el mayor respeto, y hasta los cazadores ligeros se arrodillaron también, dentro del canasto vacío en que merodeaban silenciosos.

El niño comenzó a rezar:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Hizo el rey Buby un gesto de inmensa sorpresa al oírle, y se quedó mirando a Ratón Pérez con la boca abierta.

Comprendió este su estupor y fijó en el reyecito sus penetrantes ojos; mas no dijo una sola palabra, esperando sin duda que otro las dijese.

Emprendieron el viaje de vuelta silenciosos y preocupados, y media hora después entraba el rey Buby en su alcoba con Ratón Pérez.

Tornó allí este a meter en la nariz del rey la punta de su rabo; estornudó de nuevo Buby estrepitosamente, y se encontró acostadito en su cama, en los brazos de la reina, que le despertaba, como todos los días, con un cariñoso beso de madre.

Creyó de pronto que todo había sido sueño, mas levantó prontamente la almohada, buscando la carta para Ratón Pérez que había puesto allí la noche antes, y la carta había desaparecido.

En su lugar había un precioso estuche con la insignia del Toisón de Oro, toda cuajada de brillantes, regalo magnífico que le hacía el generoso Ratón Pérez, en cambio de su primer diente.

Lo dejó caer, sin embargo, el reyecito sobre la rica colcha, sin mirarlo casi, y se quedó largo tiempo pensativo, con el codo apoyado en la almohada. De pronto dijo, con esa expresión seria y meditabunda que toman a veces los niños, cuando reflexionan o sufren:

—Mamá... ¿Por qué los niños pobres rezan lo mismo que yo, *Padre nuestro, que estás en los cielos...*?

La reina le respondió:

—Porque Dios es padre de ellos, lo mismo que lo es tuyo.

—Entonces —replicó Buby aún más pensativo— seremos hermanos.

—Sí, hijo mío; son tus hermanos.

Los ojitos de Buby rebosaron entonces admiración profunda, y con la voz empañada por las lágrimas y trémulo el pechito por el temblor de un sollozo, preguntó:

—¿Y por qué soy yo rey, y tengo de todo, y ellos son pobres y no tienen de nada? —le apretó la reina contra

su corazón con amor inmenso, y besándole en la frente, le dijo:

—Porque tú eres el hermano mayor, que eso es ser rey... ¿Lo entiendes, Buby?... Y Dios te ha dado de todo para que cuides en lo posible de que tus hermanos menores no carezcan de nada.

—Yo no sabía eso —dijo Buby, meneando con pena la cabecita.

Y sin acordarse más del Toisón de Oro, se puso a rezar, como todos los días, sus oraciones de la mañana. Y a medida que rezaba, le parecía que todos los gilitos pobres y desvalidos del reino se agrupaban en torno suyo, alzando también a Dios sus manitas, y que él decía, llevando, como hermano mayor, la voz de todos:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Y cuando el rey Buby fue ya un hombre y un gran guerrero, y tuvo que pedir a Dios auxilio en los trabajos, y darle gracias en las alegrías, siempre dijo, llevando la voz de todos sus súbditos, pobres y ricos, buenos y malos:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Y cuando murió el rey Buby, ya muy ancianito, y llegó su buena alma a las puertas del cielo, allí se arrodilló y dijo como siempre:

—¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

Y, en cuanto esto dijo, le abrieron las puertas de par en par miles y miles de pobres gilitos, de quienes había sido rey, es decir, hermano mayor acá en la tierra.

*PELUSA*

Pues, señor, que era vez y vez de una vieja, más vieja que el modo de llover, más fea que pegarle a su padre y más mala que el pecado mortal, que se llamaba la vieja Paví. Pues vamos a que esta vieja Paví tenía consigo una niña de cinco a seis años, blanca y rubia como el angelito que juega a los pies de la virgen con un manojito de flores.

Se llamaba la niña Pelusa, y las vecinas la creían todas nieta de la tía Paví, porque la pícara vieja, a fuerza de pellizcos y alfilerazos, la obligaba a llamarla abuela. Pero no era verdad: cuando era chiquita la había robado en el jardín de un palacio magnífico, donde se había dormido sobre unas matitas de albahaca y alhucemas mientras la niñera hablaba con el novio por una ventana de la tapia. Estaba la verja abierta, y la vieja Paví entró de puntillas, cogió a la niña dormida, la metió en un saco de trapos y echó a correr, pensando sacarle las mantequitas para hacer el unto con que las brujas vuelan; porque ella lo era, y de las malas, malas, que montan en escobas. Pero cuando quiso cumplir su propósito, lloraba tanto la niña que temió la oyesen los guardias, y como la vio tan bonita, decidió entonces criarla con mendruguitos de pan hasta que fuese grande, para venderla entonces a cualquier señorón rico que la pagase bien.



Cuando creció Pelusita le extrañaba y dolía que todos los niños tuviesen un papá y una mamá, y ella no tuviese ninguno. Un día preguntó llorando a la vieja:

—Pero, abuela, ¿por qué no tengo yo papá? ¿Por qué no tengo mamá?

—Porque tú naciste de las pelusas en un nido de ratones —le contestó la vieja furiosa—. Allí te encontré yo barriendo un día el rincón de la despensa: por eso te llamas Pelusa. ¡Pelusa! ¡Pelusa!

Y para que no llorase le pegaba con la caña de la escoba, y le tiraba pellizcos, y le pinchaba las manitas con un alfiler negro muy gordo con cabecilla verde. Pelusita se escondió debajo de la mesa, y llorando muy quedito para que no la oyese la vieja, decía desconsolada:

—Tú naciste de las pelusas de un nido de ratones. ¡Ay, si yo tuviera un papá!... ¡Ay, si yo tuviera una mamá!...

Pues vamos a que un día fue la vieja Paví a echar una carta al correo, y dejó a Pelusita sentada a la puerta de la calle al cuidado de la comida. Estaba esta en un pucherito puesto sobre un anafe de yeso, y mientras

hervía la olla se entretenía Pelusita con una muñequilla rota y vieja que había encontrado en la basura. Estaba la muñequilla sucia y despintada, y le faltaba una pata; pero como la pobrecita Pelusa nunca había tenido otra, le parecía preciosa y le puso por nombre doña Amparo, porque así se llamaba la señora gorda que vivía al fin de la calle y que gastaba sombrero con plumas.

—Como yo no tengo papá ni tengo mamá —pensaba Pelusita—, tendré a doña Amparo y seré yo su mamá.

Y le hizo un vestidito con unos papelillos de colores que se encontró en la calle, y una monterita de papel blanco, y la adornó con plumas que arrancó de una gallina muerta. Pues vamos a que, mientras Pelusita jugaba con doña Amparo cuidando de la comida, vio venir por la calle abajo un hombre y una mujer que traían un niño chico en brazos. Parecían muy pobres y venían, como de camino, muy tristes y cansados. Al llegar frente a la casa de Pelusita, la mujer se sentó en el suelo con el niño, como rendida, y el hombre se apoyó en la pared, como si le faltaran las fuerzas. Le dio muchísima lástima a Pelusita, porque tenía muy buen corazón, y se le saltaron las lágrimas. Entró corriendo en su vivienda y sacó dos

sillas, que ofreció a los caminantes, diciéndoles con mucha caridad, que es la verdadera cortesía:

—¿Gustan ustedes de sentarse?

—Dios te lo pague, hija mía —respondió la mujer tomando la silla—, que venimos muy cansaditos, porque hemos andado ya dos leguas, nos falta todavía otra, y en todo el santo día de Dios hemos probado bocado.

—¿Ni el niño tampoco? —preguntó Pelusa muy afligida.

—¡Tampoco! —respondió la mujer.

—¡Ay, Jesús!... ¡Vaya por Dios! —exclamó Pelusa llorando de pena—. Pues ahora mismo se van ustedes a comer estas sopitas, que ya han hervido, y le sabrán al niño a gloria.

Y más pronto que la vista saca una mesa chiquita y la pone ante la mujer, cubierta con un mantelito blanco. Puso luego encima un plato muy limpio, y con mucho cuidado y primor volcó en él la sopa que hervía en el pucherito. Con esto despertó el niño, y se puso a saltar

muy contento sobre las rodillas de su madre, extendiendo las manos hacia las sopitas. Mientras comían preguntó la mujer a Pelusa si vivía en aquella casa con su papá y su mamá.

—Yo nunca he tenido papá ni mamá —respondió Pelusa bajando la cabeza avergonzada.

—Pues, entonces, ¿dónde viniste a este mundo? —preguntó el hombre muy extrañado.

—Dice la vieja Paví que me encontró en un nido de ratones barriendo un día el rincón de la despensa.

El hombre y la mujer se miraron, y Pelusita continuó tristemente.

—Por eso no tengo a nadie que me quiera más que a doña Amparo, que es mi niña, y yo soy su mamá.

Y al decir esto sacó la muñequita del bolsillo de su delantal, donde la había metido mientras ponía la mesa. No bien vio el niño la muñequita redobló sus saltos y sus gritos de contento, y empezó a extender las manitas como si quisiera cogerla. Se la dio al punto Pelusa con

mucho gusto, y el niño la tomó con la manita izquierda y le echó la bendición con la derecha, soltándola después sobre la mesa. Y entonces fue lo maravilloso, que le puso a Pelusita los pelos de punta; no de miedo, ni de pavor, porque el niño no podía ser más bonito ni la mujer más hermosa, y el hombre, que no era viejo, tenía una cara de buen señor que alejaba todo temor e infundía confianza. Pero, hija de mi alma, fue el caso que no bien cayó la muñequita sobre la mesa, se levantó ella sola como una persona viva, con la pata rota ya compuesta, las narices desconchadas ya puestas en su sitio, y la cara, antes sucia y despintada, limpia ya, fresca, colorada y reluciente como si acabara de salir de la tienda. El niño tocaba las palmitas muy contento, saltando siempre sobre las rodillas de su madre, y la muñequita comenzó a bailar al compás encima de la mesa, con tanta gracia y maestría como una bailarina del circo. Al mismo tiempo cantaba con una vocecita chillona que penetraba hasta los sesos esta coplita de Nochebuena, porque eran ya por entonces los días de Navidad, y los chiquillos alborotaban las calles cantando al niño Jesús con zambombas y panderetas:

*En el portal de Belén  
hay un nido de ratones,  
y al patriarca José  
le han roído los calzones.*

Al oír la coplita la mujer miró al hombre sonriéndose, y este se sonrió también, mirándose con disimulo los calzones como si temiese que fueran ellos los aludidos en la copla. La muñequita seguía cantando.

*Yo quiero ir a Belén,  
aunque me riña mi amo,  
que yo quiero ver también  
ese niño soberano.  
Yo le llevé unas sopitas,  
y no las quiso comer:  
y como estaban calentitas  
se las comió san José.  
San José bendito,  
¿por qué te quemaste?  
Viendo que eran gachas,  
¿por qué no soplaste?*

La mujer y el hombre volvieron a mirarse y a sonreírse, y aun dicen algunos que este se puso colorado; porque

era verdad que, con el hambre que traía el buen señor, se abalanzó con tanta prisa a la sopa del pucherito que se quemó y se hizo pupa en la lengua.

La mujer extendió la mano sobre la muñequita, y esta, saltando como una pulga, se metió en el bolsillo del delantal de Pelusa y allí se mantuvo muy quieta, asomando la cabecita por un descosido que el bolsillo tenía. La mujer dijo entonces a Pelusa con mucho cariño:

—Mira, Pelusita: lo que te ha dicho la vieja Paví, que te encontró en un nido de ratones, es una mentira muy gorda. Tú tienes, como todos los niños, un papá muy bonito y una mamá muy preciosa, que te quieren mucho y que andan buscándote.

Los piececillos de Pelusa comenzaron a moverse y a alborotarse como si quisieran ya echar a correr en busca de aquel papá tan bonito y de aquella mamá tan preciosa. Encendida como una rosa y brillantes los ojos de alegría preguntó:

—¿Y dónde están?

—En el castillo de Irás y No Volverás, donde la vieja Paví los tiene encantados —contestó la mujer sin apurarse demasiado.

Pelusita se echó a llorar, diciendo muy afligida:

—Pero ¿dónde está eso? ¿Quién me llevará allí? ¡Yo soy chiquita y no puedo ir sola!

—¡No te apures, Pelusita; no llores, hija mía! —replicó la mujer acariciándola—. Doña Amparo te llevará de la manita adonde están ellos.

—¡Sí, señora; yo la llevaré con muchísimo gusto! —chilló la muñequita asomando la cabeza por el descosido del delantal.

—Pero ¿cuándo veré a mi papá y a mi mamá?

—preguntó Pelusa loca de alegría por la impaciencia y la esperanza.

—Ya te he dicho que, cuando llegue la hora, doña Amparo te llevará de la manita —respondió la mujer



acariciándola—. Tú no tienes sino hacer lo que ella te diga; y si te vieras en algún apuro, dirás muy de corazón:

¡Jesús, José, María,  
*sed mi amparo y sed mi guía!*

La mujer cogió entonces el pucherito donde habían estado las sopitas, y echándole la bendición dijo a Pelusa:

—Toma este pucherito, y siempre que necesites comer llénalo de agua clara, echa dentro dos o tres piedrecitas, según el hambre que tengas, y lo pones al fuego, diciendo antes de tapanlo:

¡Pucherito, pucherito,  
*dame de comer*  
*por aquel niño chiquito!*

Y con esto se despidió la mujer, besando a Pelusa en la frente; el hombre hizo lo mismo, y el niño le echó los bracitos al cuello, y sosteniéndole la madre, le dio doce besitos; tantos cuantos son los frutos del Espíritu Santo.

Pues vamos a que, mientras desaparecía por un extremo de la calle aquella honrada familia, vio venir

Pelusa por el otro a la vieja Paví, renqueando con su palo, con un gesto de vinagre y una cara de mal genio, que solo con el aliento levantaba chichones. Pelusita se quedó helada de susto, porque se le ocurrió al punto lo que no le había ocurrido antes: que los pobrecitos se habían comido toda la sopa y no había quedado nada para la vieja Paví. Aterrada con esta idea y temerosa de las terribles consecuencias que tendría para ella, se entró la pobrecita corriendo en la casa, y se escondió debajo de la mesa para conjurar el primer ímpetu de la rabia de la vieja. Llegó por fin esta a su casa, y entró dando voces agrias y destempladas llamando a Pelusa.

—¡Pelusa!... ¡Pelusilla!... ¿Dónde estás? ¡Trae volando la comida, que vengo desfallecida de hambre!

La niña, muerta de miedo, se agazapaba cada vez más debajo de la mesa, sin atreverse ni a resollar siquiera. Vio en esto la vieja el pucherito vacío encima de la mesa, y exclamó en el colmo de la sorpresa y de la ira.

—Pero ¿quién demonios se ha comido mi sopa?

Aterrada Pelusa, se le ocurrió decir para salir del compromiso que se las había comido el gato, pero como

esto no era cierto y ella era una niña muy buena que por nada del mundo decía mentiras, porque es pecado y contra la ley de Dios, se decidió a decir la verdad.

—Se las di a unos pobrecitos caminantes que iban hambrientos y llevaban un niño muy bonito.

La vieja se puso verde de ira y empezó a pegar con su palo en el suelo, echando maldiciones por aquella boca que parecía la desembocadura del caño del infierno.

—¿Conque era el niño muy bonito? ¿Eh? —decía—. ¡Ya te daré yo niño bonito! ¡Permita Dios que reviente y se le vuelvan las sopas veneno en el estómago!

—¡Ay, Jesús, señora, no diga usted eso, que Dios la va a castigar! —exclamó Pelusita espantada—. ¡Ahora mismo le haré yo a usted otras sopitas!

—¿Conque me vas a hacer otras sopitas? ¿Eh? —contestó la vieja con una risita rabiosa que helaba la sangre—. ¡Pues lo primero que vas a echar en ella serán tus orejas, que te las voy a cortar ahora mismo! ¡Con eso tendrá más sustancia el caldo, y me las comeré yo después como si fueran chuletas!

Y con crueldad infernal sacó a Pelusa de debajo de la mesa arrastrándola por el pelo; la ató a una pata de la misma mesa, y fue a la cocina en busca de un cuchillo. La pobre niña gritaba y gemía medio desfallecida, pero cuando vio aparecer a la vieja Paví dispuesta a cortarle las orejas, se acordó de pronto de lo que la buena mujer le había dicho, y gritó desde el fondo de su corazón:

¡Jesús, José, María,  
*sed mi amparo y sed mi guía!*

Se oyó entonces de repente una voz que retumbaba como un trueno, y que parecía salir del bolsillo del delantal de Pelusa, diciendo:

—¡¡Tunanta!! ¡¡Deja a la niña!!...

Y al mismo tiempo saltó como una pulga la muñequita doña Amparo desde el bolsillo de Pelusa a las narices de la vieja, que eran muy largas, y en ellas se montó como a caballo, y con las piernecitas y las uñitas de palo le arañó la frente y los ojos. Chillaba la vieja como desesperada, y dejó caer el cuchillo para llevarse ambas manos a la cara y quitarse de las narices aquellos molestos espejuelos. Mas no arrancaban de allí a doña Amparo ni las tenazas

de Nicodemus, y con su vocecita chillona repetía amenazadoramente:

—¡Pícara vieja, suelta a la niña! ¡Desátala, o te saco los ojos!

No tuvo más remedio la vieja Paví que desatar a Pelusa; y, no bien lo hubo hecho, doña Amparo saltó encima de la mesa, dejándole la nariz lo mismo que una berenjena, y dijo a la niña:

—Ahora, Pelusita, haz unas sopitas a la vieja.

Como era más buena que el pan, porque aquella niña no tenía hiel ninguna, Pelusa tomó entonces el pucherito, como le había dicho la mujer, lo llenó de agua hasta la mitad, echó dentro dos piedrecitas, y lo puso al fuego en la cocina, diciendo antes de taparlo:

*¡Pucherito, pucherito,  
dame de comer  
por aquel niño chiquito!*

La vieja Paví miraba asombrada toda aquella maniobra; pero como la muñequita doña Amparo

seguía paseándose encima de la mesa, dispuesta siempre a saltarle a las narices, no dijo ni esta boca es mía. En esto comenzó a hervir el pucherito. Pelusita levantó la tapadera, y se quedó estupefacta viendo que en vez de las dos piedrecitas y el agua clara había dentro dos hermosas perdices guisadas en sabrosísima salsa que esparcía por toda la cocina un olor delicioso. El olorcillo de las perdices llegó bien pronto a las narices arañadas de la vieja; y como era tan tragona, tan mala y tan sinvergüenza, arrebató el puchero de manos de Pelusa, y se zampó las dos perdices con huesos y todo, y se bebió la salsa como si fuese agua, relamiéndose los labios y chupándose los dedos. Se sentó luego en un sillón de brazos, puso los pies en una sillita chica, y dijo bostezando:

—Ahora voy a dormir la siesta. Tú, Pelusa, quédate de pie a mi lado para espantarme las moscas.

Pelusita cogió un plumero con mucha humildad, y se puso a espantar las moscas. Pero no era necesario, porque, de puro mala que era, la vieja Paví sudaba veneno, y mosca que se le posaba en la cara o en las manos, mosca que caía muerta de repente. Pronto empezó a roncar la vieja como los fuelles de un órgano. Pero de allí a poco

observó Pelusa que empezaba a hincharse, a hincharse cada vez más, primero el vientre, luego la cabeza, después los pies y las manos, hasta que, no pudiendo dar más de sí el pellejo, de pronto dio un estallido y reventó como un triquitraque, saltando por todas partes los pedazos de la vieja. Y por cierto que allí están todavía, y yo las he visto muchas veces, porque el sacristán de la parroquia, que se llamaba Juanito Tembleque, hizo con ellas una veleta y la puso en lo más alto de la torre para escarmiento de pícaros.

Y todo esto fue castigo de Dios por aquella maldición que le había echado al niño que se comió las sopitas: «¡permítame Dios que reviente y que se le vuelvan veneno en el estómago!». Porque, hija mía, Dios ni come ni bebe, pero juzga lo que ve; y lo que la zorra hace en mil años lo paga en una hora.

Pues vamos a que no bien reventó la vieja Paví y se repuso algún tanto Pelusa del susto atroz, dijo doña Amparo a la niña con su vocecita de grillo constipado:

—Pelusa, ponte la capuchita encarnada, coge el pucherito milagroso y vámonos corriendo.

—¿Adónde? —preguntó Pelusa.

—Pues a buscar a tu papá y a tu mamá, que ya ha llegado la hora.

Loca de alegría, Pelusa se puso la capuchita colorada, se colgó del brazo el pucherito con una cinta que le pasó por las asas, y dijo al salir, con mucha devoción, como la mujer le había encargado:

¡Jesús, José, María,  
*sed mi amparo y sed mi guía!*

Salió por la puerta del corral de la mano de doña Amparo, y tomaron por la carretera de Aragón, andando muy deprisa, porque a Pelusita se le hacía tarde un minuto que perdieran. A cada casa que encontraban preguntaba Pelusa si era aquello el castillo de Irás y No Volverás, y doña Amparo le decía con mucha calma:

—Todavía no. ¡Más lejos, más lejos!

—Pero ¿dónde está ese dichoso castillo, que parece que corre ante nosotras?



—Está un poquito más allá de Cortes y un poquito más acá de Pedrola, de modo que viene a quedar entre los dos pueblos.

—¿Y por qué se llama de Irás y No Volverás?

—Porque vive allí un gigante muy malo, que se llama don Bruno, y se come a todo el que entra dentro.

—Pues a mí no me comerá, porque le diré aquello que me enseñó la mujer.

*¡Jesús, José y María,  
sed mi amparo y sed mi guía!*

Exclamó Pelusa, que, con la loca alegría de encontrar a su papá y a su mamá, en nada veía peligro y todo lo encontraba fácil.

Se sentaron a descansar a la sombra de un árbol ya muy cerca de las doce; y, como la alegría no quita las ganas de comer ni descompone el estómago, sintió Pelusa un hambre muy grande.

—¡Me comería un par de huevos fritos! —pensaba Pelusa relamiéndose los labios.

Y pensando en esto llenó su pucherito de agua fresca de la fuente, echó dentro tres piedrecitas, hizo luego una hoguera con ramas secas, y dijo a la boca del puchero antes de ponerlo a hervir:

*¡Pucherito, pucherito,  
dame de comer  
por aquel niño chiquito!*

Hirvió el puchero, levantó Pelusa la tapa, y se encontró con que allí donde lo guisaban habían adivinado sin duda su pensamiento, porque había dentro un par de huevos fritos con manteca, con sus patatitas muy ricas, y, además, como de postre, dos bizcochitos borrachos, que a Pelusa le gustaban mucho. Se lo comió todo la niña, y no había acabado aún de chuparse los deditos, cuando oyó que la llamaban en el aire.

—¡Pelusa! ¡Pelusa!

Alzó la cabeza la niña muy sorprendida, y vio en una ramita del árbol un pajarito negro, poco mayor que un

gorrión, con las patitas coloradas y el piquito verde, que le preguntaba:

—Pelusa, ¿qué haces ahí? ¿Vas de camino?

—Voy en busca de mi papá y mi mamá —respondió Pelusa.

—Ya los buscarás más tarde —dijo el pajarito—. Vente conmigo ahora, y te llevaré a casa de un amigo mío que tiene una casa toda, todita de dulce. Las paredes son de biscotelas; las puertas, de chocolate; las rejas y balcones, de caramelo; los muebles, de piñonate, y las camas, de mazapán, con colchones de merengue. Conque, ya ves, Pelusilla, qué bien lo pasarás allí si te vienes conmigo, tú que eres tan golosa.

—No, pajarito, no —replicó Pelusa con mucha firmeza—. Yo voy a buscar a mi papá y a mi mamá, y voy ahora mismo.

Mientras hablaba el pajarito, la muñequita doña Amparo había ido subiendo muy de puntillas por el tronco del árbol; y cuando llegó muy sigiloso a la ramita

en que estaba el pajarito, lo cogió de repente por la cabeza, le retorció el pescuezo y lo tiró al suelo muerto.

Salió de él un olor muy appestoso, como de azufre y cuerno quemado, y entonces dijo doña Amparo que aquel era un pajarito malo de los que manda el diablo a este mundo para tentar a los niños buenos y hacerles faltar a su deber.

Siguieron caminando tres días por montes y valles, comiendo de lo que daba el pucherito y durmiendo debajo de los árboles, y al tercero se sentaron a comer en un pradito verde, ya muy cerca de Cortes. El pucherito estuvo aquel día muy generoso: salieron primero sesos revueltos con huevo; luego, jamón con tomate; después, pollo en gelatina, y, por último, los dos bizcochitos borrachos que, como a Pelusa le gustaban tanto, venían en el pucherito todos los días. Ya iba a comérselos la niña, cuando vino volando por el aire una bandada de jilgueritos que la rodearon pidiéndole por amor de Dios una limosnita. El primer impulso de Pelusa fue darles el bizcocho que ya se llevaba a la boca; pero se acordó del otro pajarito negro del diablo que quiso engañarla, y se

detuvo, escarmentada de pajaritos. Mas doña Amparo le dijo entonces muy gravemente:

—Mira, Pelusa: en este mundo hay mucha gente mala, pero hay también mucha más buena; y la verdadera ciencia del mundo consiste en saber distinguir las unas de las otras. Aquel pajarito era malo, porque era pajarito del diablo, pero estos otros son pajaritos de Dios, y son tan buenos, que lloraron la muerte de Cristo en el Calvario. Por eso dice la copla:

*Allá arriba, en el onte Calvario,  
matita de oliva, matita de olor,  
llorban la erte de risto  
cuatro jilgueritos y un uiseñor.*

Convencida Pelusa, les dio al punto, no uno, sino los dos bizcochos que iba a comerse, y los jilgueritos muy contentos se los comieron picoteando, y alegres, sin duda con el vinillo que los bizcochos tenían, cantaron entonces a Pelusa una de esas maravillosas sinfonías que enseña Dios a los pajaritos.

Siguieron su camino Pelusa y doña Amparo, y al anochecer de aquel mismo día dieron vista al castillo de

Irás y No Volverás, a una legua escasa de Pedrola. Era muy grande, todo de piedra negra, con una puerta muy chica y sin ninguna ventana. Ponía pavor en el corazón la vista de aquel edificio tan sombrío y misterioso, y con una buena dosis de miedo se acercaron a la puerta Pelusita y doña Amparo. Quiso esta llamar al punto, pero Pelusa la detuvo, y arrodillándose antes en los escalones dijo con mucha devoción:

*¡Jesús, José, María,  
sed mi amparo y sed mi guía!*

Se levantaron entonces con grandes bríos, y llamó doña Amparo con mucha arrogancia. Sonó dentro un esquilón muy bronco, se abrió acto continuo media puerta y apareció en ella una lechuza muy elegante, con gafas de oro, vestido de sarga negra y cofia con lazos de color de fuego. Tenía en la mano una palmatoria con pantalla verde, y preguntó con muy buen modo:

—¿Qué se ofrece?

Al verla tan elegante, doña Amparo le preguntó con mucha finura si era la esposa de don Bruno.

—No, señora —contestó la lechuza—. Soy su ama de llaves, y me llamo doña Joaquina.

—Muy señora mía —dijo respetuosamente doña Amparo—. ¿Y podríamos ver al señor don Bruno?

—Dificilillo me parece —respondió la lechuza—, porque el pobrecito ha pasado una noche de perros rabiando con dolor de muelas, y ahora estará descansando.

Doña Amparo tuvo entonces una idea súbita, y dijo a la lechuza dándose una palmada en la frente.

—¡Parece esto providencial, mi señora doña Joaquina! Pues dígale al momento que está aquí miss Amparo, una dentista americana que cura todos los dolores de muelas.

—¿De veras? —exclamó la lechuza muy contenta—. Pues pasen ustedes al salón, que voy a avisarle en seguida. ¡Qué contento se va a poner el pobrecito!

Las llevó entonces a una sala cuadrada muy grande, toda colgada de negro, y allí las dejó solas, echando la llave por fuera. Se angustió Pelusita porque creyó que

la lechuza las había engañado y las encerraba en aquella sala tan triste para algo malo.

Después de un largo rato de soledad y silencio se oyó de improviso un ruido de cadenas que daba horror, y una voz tristísima que preguntaba desde el techo: ¿caigo o no caigo? Y repetía por tres veces la misma pregunta: ¿caigo o no caigo?

Pelusita no se atrevía a contestar, pero doña Amparo, que iba poniéndose nerviosilla y de mal humor, gritó muy enfadada:

—¡Acaba de caer!

Se abrió entonces el techo y cayó una pierna, pero no una pierna cualquiera, sino una pierna enorme, descomunal, con zapato de cordobán amarillo y liga de seda encarnada. Hubo un largo silencio, y se oyó otra vez aquel ruido de cadenas y aquella voz lamentable que erizaba el pelo: ¿caigo o no caigo? Doña Amparo, fuera ya de sí, gritó furiosa:

—¡Acaba de caer, con dos mil de a caballo!



Y entonces se abrió de nuevo el techo y cayó otra pierna igual a la primera, solamente que esta tenía el zapato encarnado y la liga amarilla. Por cuatro veces resonó el ruido de cadenas y aquella voz temerosa que preguntaba: ¿caigo o no caigo? Y fueron cayendo sucesivamente del techo, primero un brazo, luego otro brazo, después el tronco de un cuerpo, y por último una cabezota muy fea con barba rubia y una venda negra ceñida como si le dolieran las muelas.

Se juntaron entonces de un golpe todos aquellos miembros dispersos, pies, manos, tronco, cabeza, y resultó el señor don Bruno, que hubiera sido un buen mozo si el carrillo hinchado por el dolor de muelas no le afeara bastante. Tenía los bigotes muy grandes y retorcidos en punta que le llegaban hasta los ojos. Se sentó muy enfadado en una butaca, y empezó a gritar, tirándose de los pelos.

—¡Ay, mis muelas! ¡Ay, mis muelas! ¡Ay, mis muelas!

Pelusita y doña Amparo se habían refugiado en un rincón de la sala, pero, al operarse el prodigio y quedar sentado el señor don Bruno, doña Amparo cruzó la estancia con grande majestad y, saltando encima de la

mesa para estar más cerca del oído del gigante, dijo con toda la elocuencia de un sacamuelas.

—¡No hay que apurarse, señor don Bruno, que no hay mal que no tenga remedio; y aquí tiene usted a miss Amparo dentista norteamericana, que le quitará el dolor de muelas!

Sorprendido el gigante, cogió a doña Amparo por la cabeza y se la puso en la palma de la mano, preguntando asombrado.

—Pero ¿eres tú la miss Amparo que me anunció el ama de llaves, Joaquina?

—¡La misma que viste y calza! —replicó doña Amparo paseándose con mucha gravedad por la palma de la mano lo mismo que hubiera podido pasearse por la plaza de Oriente—. Yo soy miss Amparo, dentista americana, establecida en Madrid. Estuve trabajando primero en la calle de Alcalá, número 43, en casa de Newland, pero me tomó una envidia atroz porque le quitaba los parroquianos, y entonces abrí mi gabinete propio en la calle de Zorrilla, número 12, donde el duque de Luna, que es el amo de la casa me dio un cuarto de balde, porque es

muy buen señor y me quiere mucho. Mi clientela es de lo más principal que hay en la corte. A su majestad el rey le saqué el otro día tres muelas seguidas estando dormido, y ni siquiera lo sintió. A su majestad la reina le limpio la dentadura dos veces por semana; y al ministro de la Guerra le saqué un colmillo con un raigón... ¡Pero qué raigón!... ¡Le llegaba hasta los tobillos! Pues, ¿y al señor obispo? No le quedaba a su ilustrísima ni un diente ni una muela. Le di yo una tinturita mía por la mañana, y por la noche le habían salido ya todos los dientes y todas las muelas lo mismo que a una criatura.

El gigante abrió los ojos asombrado, y dijo a miss Amparo, interrumpiéndola con ansia:

—¿Y a mí podrás arreglarme las muelas?

—¡Pues no he de poder! ¡Vaya si puedo! Abra usted un poquito la boca para que las reconozca primero y no me equivoque.

El bobalicón de don Bruno abrió entonces una boca grande como una cesta, y trepando doña Amparo por los pelos de la barba, asomó un poquito la cabeza con mucha precaución para mirar las muelas de arriba, se

montó después en una guía del bigote para examinar las de abajo, y dando de repente un brinco, se le coló la muy tunanta por el gznate hasta más allá de la campanilla, y allí empezó a hacer cabriolas y monerías. Se atragantó don Bruno y empezó a toser y hacer visajes; pero como la pícara miss Amparo se agarraba con todas sus fuerzas y se entraba cada vez más adentro, no pudo el gigante echarla fuera con sus toses, y se ahogaba cada vez más, dando resoplidos que hacían estremecer las puertas, y aun las paredes mismas. Mientras tanto trabajaba doña Amparo por buscar una salida opuesta a la boca, y al mismo tiempo iba arañando con las patitas y manitas las entrañas del gigante. Salió al fin doña Amparo por donde pudo y entonces dio este el último resoplido, estiró una pata, después otra, hizo un visaje horrible, y se quedó muerto. Se oyó al mismo tiempo un trueno horroroso, y se hundió todo, todo el castillo. Pero lo más raro era que las piedras no caían para abajo, sino que se las llevaban para arriba un enjambre de diablitos chicos que cargaban con ellas y se perdían a lo lejos. Los había de todos colores, amarillos, verdes, azules, encarnados; lo único que no había eran blancos, y los que abundaban más eran los verdes.

Al hundirse, o más bien al desaparecer el castillo, se encontraron Pelusa y doña Amparo al pie de una tapia muy alta de cristal purísimo y muy claro que rodeaba a un jardín delicioso. Se veían perfectamente a través del cristal los macizos de flores del jardín, las fuentes cristalinas y las largas calles de árboles. Por una de estas venían paseando del brazo una señora muy hermosa y un caballero muy guapo: ella toda vestida de blanco, con gargantilla de oro y un pelo rubio rizado que le arrastraba hasta el suelo; él con bigote rubio, levita toda bordada de oro, pantalones de tisú de plata y sombrero de copa con plumas blancas. Parecían, sin embargo, muy tristes y acongojados, y la señora decía llorando:

—¡Ay, mi niña! ¿Dónde estará mi niña a estas horas?

—¡No llores, mujer! —le contestaba el caballero—. Quizás llegará hoy. Pero la verdad era que él también estaba llorando.

Comprendió Pelusita en seguida que aquellos eran su papá y su mamá, y fuera de sí de alegría empezó a dar golpes en el cristal, gritando:

—¡Papá! ¡Mamá!

Pero ellos no oían, porque estaban todavía encantados. Entonces Pelusa y doña Amparo dieron la vuelta a toda la tapia para ver si encontraban alguna puerta donde llamar o alguna ventana por donde meterse dentro. Pero no había nada de eso: el cristal duro como una roca se extendía por todas partes igual, terso y bruñido, sin ofrecer agujero ni resquicio alguno.

Entonces vio Pelusa que su papá y su mamá entraban en una glorietta de naranjos, lilas y azucenas y se sentaban a una mesa muy bien puesta, con mantel adamascado y vajilla de plata. No había más que dos cubiertos, pero la señora dijo llorando a un criado:

—Que pongan la sillita de la niña, por si acaso viene hoy.

Puso en seguida el criado un silloncito de niño y un cubierto pequeñito de plata con un vasito de oro, en el que Pelusa recordó haber bebido muchas veces cuando era muy chiquita. La niña, partida el alma de pena, decía desolada:

¡Ay, quién fuera pajarito!  
¡Ay, quién fuera pajarito,

*para saltar esa tapia  
y dar a mi madre un besito!*

No bien dijo estas palabras apareció volando la bandada de jilgueritos, que la rodearon consolándola con sus alegres pitidos. Traían una hoja de col muy grande, y, haciendo en ella una camita de rosas, colocaron a Pelusita dentro, y sosteniéndola entre todos, con sus piquitos la elevaron suavemente por encima de la tapia, y la dejaron sobre la mesa en que comían sus padres, al mismo tiempo que la mamá repetía llorando:

—Pero ¿dónde estará mi niña?...

—¡Aquí estoy, mamá! ¡Aquí estoy, papá! —exclamó Pelusa poniéndose en pie, con doña Amparo en la mano, sobre la hojita de col y la camita de rosas.

Entonces se abrazaron los tres, y estuvieron mes y medio seguido dándose besos, mientras los jilgueritos cantaban preciosas variaciones sobre el tema. ¡Alegría!... ¡Alegría!... ¡Alegría!...

Y aquí se acabó mi cuento, con pan y pimiento; y si alguien quiere saber más, que compre un viejo.

¡Ah! Se me olvidaba decir que doña Amparo sigue viviendo en la calle de Zorrilla, número 12, pero ha tomado también otro cuarto bajo en la calle de san Bernardino, número 14, donde pasa muchas horas del día y recibe a sus amigos.





“

Vivía Ratón Pérez en la calle del Arenal, número 8, en los sótanos de Carlos Prats, frente por frente de una gran pila de quesos de Gruyère, que ofrecían a la familia de Pérez próxima y abastada despensa...

Colección  
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA